

¿Quién tiene la culpa?

El gobierno, a nombre del pueblo, le echa la culpa de la delincuencia a la judicatura, en circunstancias que esta ha sido llamada a respetar la ley que el Parlamento crea. Entonces, ¿dónde está la falla?

El aumento de la delincuencia es parte de nuestra realidad, la que no debemos aceptar si queremos ser realmente una sociedad civilizada. Salvo algunos que duermen sin tapujos, hoy los peligros acechan en todas partes. Nuestros hijos salen a “carretear” y no sabemos si van a regresar enteros.

Algo pasó en nuestra humanidad en que se trastocaron los valores y el ocio pasó a ocupar la vereda de la creación, del deporte, del desarrollo intelectual. La canchis va limitando las capacidades de nuestros niños y, aunque lo nieguen, el cerebro se va reduciendo. El campo visual de un joven está limitado por el ruido de su población, del cemento que le rodea, de la aglomeración en el metro, de las noticias falaces que lo bombardean, de la frustración de su familia, de su deuda para estudiar, de sus riesgos de salud e integridad. Eso agrede su mente y lo vuelve irritable de modo tal que no puede andar en paz por las calles, estudiar tranquilo o descansar al dormir.

Vivimos pensando en las amenazas nucleares, de las enfermedades al viajar, de la violencia doméstica y de la nula capacidad de reacción ante los cada vez más deplorables hechos que las noticias no trepidan en poner mientras desayunamos, almorzamos o cenamos. El fútbol es un bálsamo.

Nadie se mide y todos rasgan vestiduras. Que los políticos, que las instituciones permanentes de la República, que los sacerdotes. Que Garay, Chang y O'Reilly. Que el TC, que Maduro, que Putin o Trump. Más nos preocupa que Melania regrese a la Casa Blanca, que la roja no va al mundial, que el cura de la novela, que los vocativos en el Congreso. Todo es carne para el circo y nadie quiere darse cuenta que hay un hilo conductor tras ello que persigue que la mayoría crea que la vida es esto y que bueno que no nos pasa nada más. Todo crece a nuestro alrededor y se luce en muchas personas, pero no en los que debieran ser los beneficiarios de un Estado Solidario.

La delincuencia es un germen que se reproduce y se expande corroyendo todo y no hay que limitar la visión al carterista, portonazo o violador. También al gran inversor que, a pesar de que roba y no nos damos cuenta, alimenta el odio segmentario. Menos noticias de maldad y más verdad serían un gran aporte.